Globethics Repository



Algunos temas de la fenomenologia de jan patocka. Platonismo, europa asubjetividad, movimiento existencial

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Pierro, Eduardo Gonzalez Di
Publisher	Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-10-31 18:10:51
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/172909

La lámpara de Diógenes, revista de filosofía, números 14 y 15, 2007; pp. 78—89.

Algunos temas de la fenomenología de Jan Patocka. Platonismo, europa, asubjetividad, movimiento existencial[1]

Eduardo González Di Pierro

Hace poco más de treinta años, el 13 de marzo de 1977, se extinguía la vida de uno de los más grandes pensadores de la República Checa —entonces aún Checoslovaquia— a manos de la ignorancia, la intolerancia y la injusticia opresivas que caracterizaron a los regímenes totalitarios del pasado siglo; nos referimos a la vida del gran filósofo Jan Patocka.

Patocka había nacido en Turnov, Bohemia oriental, el primero de junio de 1907; desde pequeño absorbió una profunda educación humanística (su padre era filólogo clásico y profesor de Gymnasium) que se vio concretada en sus estudios universitarios, llevados a cabo en la Universidad Carolina de Praga, consistentes en filología eslava y filosofía. A esta última dedicaría su vida entera, prosiguiendo sus estudios en la Sorbona, conociendo las tendencias filosóficas contemporáneas más relevantes, así como a varias de las personalidades científicas más importantes de su época como Max Planck, Schroedinger y Heisenberg, entre otras, habiendo regresado a Praga para su disertación y luego estudiado en Berlín nada menos que con Hartmann y Jaeger. Sin embargo, el hecho que lo tocaría definitivamente en su camino por el pensamiento, y que sería determinante para su desarrollo filosófico posterior, fecundo y original, fue su encuentro con Husserl y la fenomenología, encuentro que se da en 1933 en Friburgo, donde también conocería a Eugen Fink, el asistente de Husserl. Asimismo, conocería a Heidegger, aún en circunstancias aciagas (en ese momento Heidegger ya se desempeñaba como rector de la Universidad de Friburgo, como es sabido, con los auspicios del régimen nacional—socialista), pero, independientemente de elementos ideológicos y como testimonio de la grandeza intelectual y la enorme estatura filosófica del filósofo checo, los contenidos de la filosofía heideggeriana lo impresionaron hondamente e influyeron en sus concepciones filosóficas a partir de una valoración crítica dirigida a la profundidad filosófica de las intuiciones de Heidegger.

A diferencia de lo que ocurría —y sigue ocurriendo— con los intelectuales de países "marginales" o de lenguas y culturas "minoritarias", Patocka volvió a su patria para continuar su formación filosófica y también para aportar sus propias y originales consideraciones. Para entonces, ya era presidente de Checoslovaquia Tomas G. Masaryk, igualmente formado en la filosofía y, lo que es más, compañero de estudios y amigo de Husserl en Leipzig, de cuyo "humanismo democrático" fue siempre admirador Patocka, y sobre el que escribió, igualmente, un lúcido ensayo.

Pero, entonces, llegarían los años del comunismo y, con ellos, dificultades grandes para el trabajo académico del filósofo; empeñado en reformar el ordenamiento de la universidad checa. Se le retiró la licencia para enseñar en la universidad a causa de su rechazo a inscribirse en el partido comunista; corría el año de 1949 y los estragos de la posguerra se sentían muy duramente en su patria, lo que se tradujo en una dificultad casi absoluta para publicar su ya inmenso trabajo científico, gran parte del cual apenas si empieza a conocerse actualmente, principalmente porque está escrito originalmente en lengua checa, siendo las traducciones más abundantes en alemán, francés e inglés.[2] Logró trabajar en el Instituto Pedagógico de la Academia Checoslovaca de las Ciencias dedicándose durante mucho tiempo al pensamiento del pedagogo e intelectual checo Komensky. En los años sesenta, Patocka trabajó en la Biblioteca del mismo instituto, traduciendo a su lengua las principales obras de Hegel. Luego de una relativa tranquilidad y libertad académica, se vio forzado a abandonar nuevamente la cátedra universitaria en 1972, que había obtenido en la Universidad Carolina en 1968, justo el año de la Primavera de Praga.

A pesar de lo anterior, el trabajo filosófico de Patocka continuó vigorosamente, con seminarios y publicaciones, fruto de una filosofía personal desarrollada a partir de la fenomenología husserliana y su propio conocimiento de la filosofía clásica. Pero, además, Patocka se sintió comprometido, como filósofo y como ciudadano que cree en la libertad, en la lucha por los derechos y la dignidad humana que habían sido sistemáticamente pisoteados por el régimen comunista checoslovaco y participó activamente en las protestas contra arrestos injustos, siendo uno de los fundadores, con otros intelectuales checos, entre los que destaca Vaclav Havel, actual presidente de la hoy República Checa, de la célebre *Charta 77*, proclamación por los derechos civiles, y a causa de la cual fue sometido a agobiantes interrogatorios por parte de la Policía Estatal hasta que, luego de uno de ellos, particularmente violento, murió, extenuado por la presión.

Luego de mostrar estos elementos biográficos de Jan Patocka, indispensables en razón de la poca difusión de su persona y de su obra, intentaremos dar cuenta, en brevísimo espacio, del núcleo principal de su filosofía, síntesis poderosa entre la filosofía antigua y la fenomenología que desemboca en un pensamiento de vigor y vigencia inusitados.

El punto de partida de su filosofar es, precisamente, el fundamento básico de la fenomenología de Husserl, de quien fue, como dijimos, discípulo, habiendo además continuado su formación con dos de los más importantes fenomenólogos como fueron Fink y Landgrebe. Este fundamento básico es el fenómeno como la esencia de la realidad, por un lado, y, por otro, el mostrarse de esta realidad como expresión de tal esencia, lo cual distingue, precisamente, a la fenomenología de la ontología. Más sencillamente, hay que dirigirse hacia el modo en que las cosas se presentan, se manifiestan. En esta dirección, nos dice Patocka, el ser humano, como depositario del fenómeno y como fenómeno él mismo para sí, se percata de su propia finitud y de su propia temporalidad limitada que lo marca trágicamente, pues se trata del único ser que se percata de ello. En esta dirección, el pensamiento de Patocka puede parecer muy cercano al de Heidegger, respecto del desarrollo, a partir igualmente del núcleo fenomenológico, de una filosofía de lo concreto que ya se vislumbra en *Ser y Tiempo* y que otros filósofos, especialmente existencialistas, desarrollarán posteriormente.

Sin embargo, hay un elemento diferencial en el pensamiento patockiano que consiste en tratar de dar cuenta de un sentido verdadero a la dimensión humana sin caer en la angustia heideggeriana y para ello acude, recuperándola, a la noción griega, sobre todo socrático—platónica de cura del alma*, desarrollada en varios planos —los cuales no podemos detallar aquí— pero que consiste básicamente en la noción de que el alma es una dimensión humana esencial hacia la cual hay que dirigirse y cuidar porque de ella se deriva la posibilidad de reconciliación del ser humano con el mundo y, por tanto, la posibilidad de una existencia con esperanza y fe, lo cual implica que, a través del pensar el destino del individuo limitado y la muerte misma, es posible que la filosofía se vuelva religión y pueda recuperar la dimensión mítica que, para Patocka, nunca estuvo separada de ella, a pesar de las interpretaciones clásicas que ven al mito como una fase previa y superada del logos griego. El modelo patockiano fue Sócrates (de hecho Patocka ha sido llamado "el Sócrates de Praga", en una afortunada expresión de Paul Ricoeur), para quien, más que la muerte como tal, le interesó, a partir de su inevitabilidad, la relación entre la dimensión anímica del hombre y su libertad, su inmortalidad y la eternidad, su finitud y vulnerabilidad, problemas filosóficos que remiten al nivel ético y religioso.

Este modelo de "cura del alma", junto con la modalidad fenomenológica para acercarse a los problemas, es la base para uno de los temas esenciales de su filosofía: el pensar la crisis de Europa como crisis de un modelo cultural, siguiendo las huellas de Husserl, pero desarrollando un pensamiento sobre lo que el gran filósofo de Moravia ya no vio: los horizontes que puede alcanzar la barbarie del ser humano y la desaparición del respeto por la concreción y la particularidad de lo humano como resultado de la instauración de los totalitarismos, cuya versión de izquierda él padeció hasta la muerte, así como el advenimiento deshumanizador de la ciencia y la técnica, en un contexto en el que «Europa» significa mucho más que un lugar geográfico, significa la dimensión humana del hombre occidental que, como insiste profundamente Patocka, debe comprender, ante todo, que la cultura derivada de "Europa" es un concepto que ha de basarse en fundamentos espirituales y cuyo significado y sentido profundo no se agota en la existencia terrena y material de una finitud temporal no abierta a la trascendencia.

Precisamente Husserl y su método fenomenológico constituyen el punto de partida y el fundamento teórico de la entera filosofía de Jan Patocka, quien, después del desencanto filosófico en su país, inicialmente impregnado de positivismo mal interpretado y dogmatizado, y después de un marxismo igualmente dogmático y acrítico, encontró en el pensamiento husserliano y en sus epígonos, especialmente Heidegger, pero también Eugen Fink, la vía de pensamiento original que complementaría con una valoración profunda de la filosofía griega, en especial la filosofía de Platón como la base misma no sólo de la filosofía, sino de toda la cultura occidental, europea y, finalmente, universal.

Para abordar directamente la problemática, entonces, diremos que Patocka basa su reflexión sobre dos pilares: uno, el de la fenomenología husserliana como ciencia del fenómeno en cuanto tal, esto es, la ciencia de la manera en la cual las cosas se presentan, y otro en el de la teoría platónica del conocimiento. En ambos casos, el lugar en que se manifiesta tanto el fenómeno como la "cura del alma" es en el hombre, en el ser humano. Es en la dimensión fenoménica que el ser humano puede percatarse de su propia finitud y precariedad, en una dimensión simultá-

neamente de privilegio y de tragedia, en tanto único depositario del fenómeno y la conciencia de éste. Nos dice Patocka: "Estamos aquí en presencia de dos tesis: por una parte, en el mostrarse, en aquello que se muestra, tenemos siempre, de alguna manera, un todo; y por otra, el mostrarse como tal conduce igualmente a un todo. Estamos, por así decir, sometidos a la manifestación, no somos libres respecto a aquello que se manifiesta. El mundo que se manifiesta en totalidad nos tiene ya desde siempre prisioneros, nos ha ya impuesto su ley".[3] De esta evidencia va a desprenderse una consecuencia importante: ¿qué debe hacer el hombre ante esta realidad que, en términos del propio filósofo checo, es una "maldición"? Esta pregunta, a su vez, tiene consecuencias profundísimas para el problema que nos ocupa, veamos sintéticamente en qué sentido: el hombre posee la potencialidad y la capacidad de convertirse profundamente para construir un proyecto vital que lo conduzca a una vida de excelencia, vida de excelencia que puede incluso, en palabras del filósofo italiano Giovanni Reale, acercarse a la de la divinidad. Para Patocka, la idea, en su origen, es absolutamente griega y es la de que, en el contexto de estas posibilidades múltiples que el ser humano alberga, el hombre ha de hacer del fenómeno la instancia que rija su existencia, para mostrarse como un ser pleno que tenga experiencia de esta multiplicidad de potencias. De esta manera, escribe Patocka, "El hombre está, o, al menos en algunas circunstancias, estaría en condiciones de hacer del mundo humano un mundo de verdad y de justicia. Cómo alcanzar esto —he aquí justamente el objeto de la cura del alma".[4] El contenido de la anterior cita constituye el núcleo conceptual desde el que, bajo la óptica patockiana, nació precisamente la idea y la historia de Europa hasta la modernidad. Es decir, es la filosofía de Platón el pilar principal sobre el que se apoya Europa. Habíamos anticipado, sin embargo, que Patocka, al igual que Husserl, daban a la Fe un papel importante en la constitución del significado de Europa, lo cual parecería estar ausente en el discípulo, ya que en Husserl mostramos que se trata de la "fe filosófica" como complemento y desarrollo de la racionalidad y no como su opuesto; Patocka, genialmente, reconoce igualmente que la Fe, incluso la fe en sentido eminentemente religioso, es clave y constituyente de la historia europea, pero considera, en una hipótesis un tanto aventurada a nuestro parecer, que fue Platón el que transformó al mito en religión, considerando a esta última como una elección de corte moral con base en convicciones filosóficas y que luego, esta transformación platónica sería asimilada por el cristianismo. Por tanto, al igual que Husserl en este sentido, Patocka considera que la fe —y la misma religión— es parte de la actividad filosófica pues es la instancia que, precisamente, hace que el filosofar sea una actividad viva y concreta —y no puro teorizar— dirigiéndose al cuidado del alma en el pensar mismo. Volveremos más adelante sobre este punto.

Ahora bien, sabemos que Patocka, a diferencia de Husserl, vivió también la segunda conflagración mundial y además sufrió en carne propia las represiones del comunismo checo del que fue víctima en 1977 y se preguntó, en función de tan intensas experiencias, la razón del desequilibrio humano que nosotros hemos heredado y seguimos percibiendo. Concretamente la pregunta de Patocka es la siguiente: ¿no será que, en la búsqueda de las raíces del desequilibrio actual, tenga que ser necesario remontarse a los albores mismos de Europa y luego, a través de sus orígenes, ascender hasta la relación entre el hombre y su lugar en el mundo?[5] Pero, al igual que Husserl, piensa que Europa ha sido "maestra del mundo" aun-

que parece haber llegado a su fin, lo que no impide que la respuesta a la pregunta formulada sea afirmativa. Claro, es inevitable una segunda pregunta: ¿cuál es la razón de que Europa haya llegado al estado de crisis al que llegó?, la cual es respondida por Patocka palmariamente, identificando dos causas: la desunión y una gran potencia a su disposición. Respecto de la primera, habría que suponer que Europa estuvo alguna vez unida, como Patocka lo considera, afirmando que, si bien a partir del siglo XIX tal unidad no se ve, y Europa aparece como un ente absolutamente fragmentado, en la Edad Media es una realidad que se expande como una totalidad, a partir de los restos y derivaciones de la polis griega y del Imperio Romano; ambas instancias son, aún sin ser todavía Europa, su germen originario.

Es evidente que para Patocka, como para Husserl, la noción de Europa trasciende el mero nivel geográfico—político, y se convierte en una idea que ha sido creada por seres humanos cuyo proyecto común es el de vivir unidos a partir precisamente de la citada herencia griega, tan importante a los ojos del filósofo checo, hacia un proyecto vital colectivo fundado en un deseo que, a partir de los inicios del período medieval, se incrustaría en forma de problema filosófico en toda la humanidad; escribe Patocka: "En el curso de este periodo [el medieval] toman forma todos los problemas que desde entonces acompañan a la humanidad: el problema de un Estado universal, de la religión universal, del equilibrio social, del equilibrio recíproco de las naciones. [...] Así se origina la Europa medieval. Todos aquellos que se adhieren a este programa, todos aquellos que se dan su asentimiento al programa del Reino de Dios, [...] todos aquellos que se unen para realizar este programa, pertenecen a Europa".[6] En esta última frase podemos ver que Europa se concibe como un ideal a realizar, ideal que comienza a formarse en lo que nosotros conocemos geográficamente como continente Europeo pero que trasciende estas fronteras. En la modernidad, obviamente, Europa está constituida igualmente por los territorios de ultramar y las colonias que son una prolongación del proyecto citado y por los hombres que ahí habitan y han hecho suyo este proyecto. Parte importante de éste es la noción de "cura del alma", que los griegos identifican con la libertad humana, y el impulso filosófico del ser humano para ir contra la tendencia general del mundo hacia la caída, a partir del descubrimiento, eminentemente europeo, de la eternidad, y todo ello dirigido hacia la finalidad de construir un mundo justo y verdadero cuya posibilidad es concebida como real por parte de quienes se unen en este programa.

Tal es la especificidad de la dinámica europea, este proyecto de la "cura del alma" que para Patocka es el centro constitutivo y característico del ser europeo. El ser humano está rodeado de posibilidades múltiples, pues bien, en el momento en que la filosofía hace irrupción como posibilidad junto con las otras, es que surge la reflexión primigenia y radical sobre la finitud y la temporalidad, sobre lo infinito y lo eterno y sus relaciones. Y, desde su surgimiento, ésta ha de ser la principal tarea de la actividad filosófica. La unidad europea, tema que hoy resurge más pujante que nunca, no será posible más que rescatando este cometido helénico de la cura del alma en concomitancia con la fe en la posibilidad de una realidad socio—político—cultural justa y auténtica, en forma de unidad.

De este modo la reflexión de Patocka es producto de la experiencia de las dos Europas: oriental y occidental; la primera con el fracaso del proyecto comunista y sus mitos revolucionarios; la segunda con su lógica reaccionaria de la dominación. Es claro que el filósofo checo experimentara existencialmente la orfandad y

el desamparo, pero no se contenta con permanecer estoicamente masticando su derrota y regocijándose en su soledad. La caída y el fracaso de estos dos mundos le impulsan a preguntarse por la posibilidad de pensar en una alternativa representada por un nuevo mundo, y preguntarse, al mismo tiempo, por el sentido que puede tener la búsqueda de una identidad de Europa frente a su desmoronamiento.

Según Patocka la existencia humana concreta encuentra un triple despliegue, manifestado en tres movimientos, cada uno con un sentido propio, una forma originaria y distinta temporalidad: el primero relativo a la aceptación del mundo, el segundo referente al de su conservación y defensa, y el tercero, que se dirige hacia la verdad en el sentido de la libertad y de la apertura.

El movimiento de aceptación está constituido por un arraigo y adecuación en el mundo a través de la acogida de la alteridad respecto de la propia identidad humana. Esto significa que nuestro ser está depositado no en nuestras propias manos, sino en la de los otros, en la de los demás; paralelamente, no es difícil adivinar que tal aceptación es en realidad una condición necesaria y primigenia que garantiza nuestro existir y nuestro permanecer, en una realización del sentido original de la vida humana. Estamos instaurados, bajo este movimiento, en el mito que impone desde el exterior un destino no elegido por los seres humanos que lo aceptan.

El segundo movimiento, el de la conservación, se encuentra en línea de continuidad con el anterior, porque una vez aceptada la vida en su precariedad y menesterosidad, hay que defenderla y mantenerla a toda costa. En palabras de Patocka "es un ámbito en el que nosotros debemos atenernos a los medios […]; su movimiento puede ser definido como movimiento de autoprolongación y autorrepetición que representa una privación de sí mismo".[7] Se trata del mundo de los trabajos, las labores y las fatigas humanas en que el ser humano se relaciona instrumentalmente con el universo cósico y la alteridad, objetivándolos y objetivándose él mismo y deviniendo cosa entre cosas. Por supuesto, la figura del Otro aquí adquiere una dimensión de resistencia, de competencia, es el Otro en sentido hegeliano, esto es, una alteridad enemiga. La solución a esta tensión, dentro de este movimiento, sólo puede resolverse negativamente: o la sumisión o la explotación. Se trata del mundo inaugurado por la modernidad, y que seguimos padeciendo en nuestros días, en el que hay una dependencia de la vida de sí misma, impidiendo que la existencia humana logre sustraerse de esa condición servil y ese sometimiento.

El tercer movimiento, que según Patocka opera ya en el interior del mundo pre—histórico, constituye la posibilidad fundamental de la apertura hacia el mundo; mientras la existencia humana no logre desprenderse del ciclo reproductivo natural de la vida y del ciclo viciado de producción—consumo, será difícil que pueda percibir dentro de sí misma la posibilidad de la libertad, esto es, mientras la vida no comprenda su propia problematicidad, no habrá más que una vida concreta cuya finalidad está constituida únicamente por el pobre objetivo de nada más vivir. Así, el tercer movimiento es una posibilidad nueva y diferente de la existencia humana y que según Patocka "habría podido no realizarse, y que la mayor parte de la humanidad, aún aquella altamente civilizada, no conoce".[8] Es el descubrimiento taumatúrgico de no constituir, por naturaleza o por designios divinos, una servidumbre respecto de un poder superior, y tampoco constituir una mera yuxtaposición de cosas que hay que producir y consumir únicamente.

Es este tercer movimiento el que es punto de partida de la filosofía patockiana, el del estado del asombro y del maravillarse, el estado que iluminó a los filósofos griegos admirados por nuestro filósofo, pero también el mismo estado que impulsó a Husserl en su esfuerzo por volver a las cosas mismas, encarnado en la fenomenología, que constituyó el otro gran pilar del pensamiento de Patocka. Y es que para él se trata de un sacudimiento profundo que coincide con el paso del mundo mítico a un mundo fundado en el sentido filosófico. Se trata de la experiencia primigenia de la pregunta filosófica, en la que el ser humano es "lugar de la manifestación". En el universo mítico —y no nos referimos sólo al antiguo— el ser humano vaga ciegamente, y se apoya en las seguridades aparentes que le suministran las cosas con las que se nutre, con las que se cubre, y de las que se sirve. Y es que la crisis de Europa —oriental y occidental— está representada por una serie de recaídas en el movimiento correspondiente al mito y en el movimiento correspondiente a la conservación y defensa de lo vital.

Pero una vez experimentada la pregunta filosófica ya no es posible vivir en la certidumbre y la garantía de la verdad; y es que la reflexión de Patocka concluye que el surgimiento de la filosofía no puede ni debe implicar la exclusión definitiva del mundo natural, de tal manera que la libertad se vuelve una concreción que ha de ser conquistada con responsabilidad no exenta de lucha y de dificultad, a través de una asunción de la propia finitud y la propia vulnerabilidad, para superar su caída en la esfera del poder de las cosas y, por ende, en la cosificación de la existencia humana.

De este modo, podemos definir como traumática esta experiencia de la pregunta filosófica, y es a partir de ella que podemos comprender la original propuesta patockiana que consiste en la formulación de una fenomenología a—subjetiva, concepción bastante polémica en los círculos inmediatos al pensador checo, así como entre los estudiosos contemporáneos de su pensamiento. Su proyecto consiste en la formulación de una fenomenología que no esté fundada en la esfera de la subjetividad, sino que busque radicalmente el "fundamento último de aquello que aparece", el fundamento del fenómeno, siempre yendo más allá del sujeto e incluso más allá del propio objeto de la manifestación. Se trata de una nueva polémica con la supuesta "vuelta al idealismo" por parte de Husserl, acusado de idealismo trascendental, en una suerte de reformulación de las objeciones de los primeros discípulos de Gotinga, que habían encontrado en las *Investigaciones Lógicas* la clave para comprender la realidad, prescindiendo de la subjetividad como fundamento. Por supuesto que no podemos definir en el mismo sentido el proyecto de Patočka, que no cae, nos parece, en un realismo ingenuo como el de Adolf Reinach, Hedwig Conrad—Martius o Dietrich von Hildebrand, sólo por mencionar a los más conspicuos dentro de los primeros discípulos husserlianos.

El núcleo de la propuesta de esta fenomenología a—subjetiva, consiste en un profundo análisis de la terminología acuñada por Husserl, para también bajo la influencia de Heidegger, y más tarde de Fink y de Landgrebe, "devolver a la fenomenología ese sentido de una búsqueda del aparecer en cuanto tal, que quizá constituyó la intención originaria de su fundador".[9]

Este "aparecer en cuanto tal" es la preocupación fundamental de Patocka, especialmente en su pensamiento maduro; tal noción implica una indudable renovación de la propia fenomenología, pues, además de constituir una crítica al trascendentalismo husserliano, quiere ser también una liberación del campo feno-

ménico del carácter metafísico que, según él, había adquirido inevitablemente la fenomenología de Husserl en su giro trascendental, a causa de la constitución de la subjetividad trascendental y la supuesta trampa que conduce al solipsismo.

Hay límites y aporías en este énfasis acerca del "aparecer en cuanto tal" porque, como lo señalan algunos intérpretes de Patocka, como Karel Novotny: "El paso del campo fenoménico a la totalidad del mundo nos parece problemático en cuanto él se circunscribe en sustituir una 'cerrazón metafísica' con otra, es decir, la fundación del aparecer en un 'fundamento del mundo' (*Weltgrund*) pensado por Fink".[10]

Y es que es la formulación de esta "fenomenología a—subjetiva" la que genera la importancia del "aparecer en cuanto tal", que parecía opacado no sólo por el citado giro husserliano, sino por su detenimiento en el campo mismo de la subjetividad; Patocka entonces trata, casi obsesivamente, de volver al propósito originario de la fenomenología en su afán de dirigirse al aparecer y para ello debe incidir sobre sus primeras formulaciones ontológicas que se detenían en el movimiento existencial, como hemos tenido ocasión de examinar hace un momento, con su teoría de los "tres movimientos". Como bien lo señala el estudioso Pierre Rodrigo: "La asubjetividad emerge desde un trabajo continuo sobre el movimiento existencial y, en consecuencia, sobre el concepto de sujeto y sobre el sentido de lo 'subjetivo'".[11]

Para Patocka, el principal error de Husserl fue el de volver subjetivo al campo del puro aparecer, es decir, haber llevado a cabo una "subjetivización del aparecer en cuanto tal", pero, además, haberlo considerado como inmanente a la conciencia. En eso consiste la asubjetividad patočkiana: no tanto en la formulación de una ausencia de subjetividad, sino el volver a privilegiar al campo fenoménico como *exterior* (y, en este sentido, *trascendente*) a la conciencia. Señala Ana Santos: "Esta tentativa (la de Patocka) no termina con una fenomenología 'sin sujeto', sino con la puesta en evidencia de la dimensión 'subjetiva', si bien no egológica, del campo fenoménico".[12]

Resulta hasta cierto punto paradójico ver cómo Patocka, al privilegiar la asubjetividad de la experiencia del mundo, privilegia a la percepción y es que, podría pensarse, ésta última ¿no es acaso una vivencia de la subjetividad? Precisamente, para Patocka no es exactamente así; el hecho de que las cosas se den como *donación* a una conciencia no implica que emanen de ésta, y esto es bastante claro. Pero, además, Patocka, nuevamente criticando a Husserl, enfatiza que los diferentes modos de darse del objeto no son *actos* del sujeto, no se reducen a vivencias subjetivas (*Erlebnisse*), sino que son más bien, o, mejor, *antes que nada*, *apariciones objetivas* (*gegenständliche Erscheinungen*).[13]

De entre los conceptos husserlianos mayormente examinados por Patocka se encuentra privilegiado el de *epojé*. Este concepto, en Patocka, está radicalizado y no se concibe como una mera reducción, como a veces se ha interpretado, sino que más bien se trata de un movimiento concreto de existencia que, según el filósofo checo, posibilita la apertura al sentido originario del ser es decir, a la libertad. La radicalización consiste en que lo que se pone entre paréntesis no es únicamente la tesis mundana, sino también la inmediatez de la *Gegebenheit* del yo que es, igualmente, un prejuicio. Se pone así en suspenso el juicio y las creencias sobre un mundo objetivo pero también subjetivo.

Para Patocka el ser humano es el lugar de coincidencia entre el aparecer del

fenómeno y la comprensión no sólo de las cosas sino de sí mismo, de tal manera que es en él y sobre todo en su finitud que la posibilidad radical de la *epojé* así mostrada puede fundarse. Dicho de otro modo, esta operación fundamental de la fenomenología husserliana no constituye un acto deliberado, sino que nos constituye ontológicamente y representa el fundamento y la relación de apertura y de comprensión que es propio del ser del ser humano.

Finalmente, el pensamiento de Jan Patocka, tan sorprendentemente vigente, no se resuelve, como habíamos tenido ocasión de examinar precedentemente, en una pura aceptación pasiva y acrítica del final y la muerte de Europa. Es más, la resignación a la decadencia constituye para Patocka un trágico síntoma de la decadencia misma y de la falta de fe, en el sentido ya visto, del fundamento filosófico que, desde su origen, constituye a Europa. La esperanza está cifrada en un retorno al tercer movimiento de la existencia humana ya descrito: sólo así es posible la supervivencia de la humanidad europea y el retorno a su propio fundamento espiritual.

Y aquí introducimos, aunque muy brevemente, la categoría de *sacrificio*. Efectivamente, para lograr lo anterior, el ser humano no puede sustraerse a la responsabilidad pero tampoco a la lucha y la posibilidad de enfrentarse a los conflictos en que debe comprometerse a no esconderse ante tal posibilidad y afrontar los peligros en ella inscritos.

Se trata de una experiencia ética que precisamente hunde sus raíces en esa capacidad humana de dirigir su espíritu y su mirada hacia el aparecer en cuanto tal, más que hacia aquello que aparece. El *sacrificio* implica, así, el alejamiento de la esfera del ente, para relacionarse evidentemente con aquello que suministra todo fundamento del aparecer de la realidad. Se trata, en suma, de una capacidad que constituye un rasgo distintivo del ser humano que crea las condiciones de posibilidad para que el acontecimiento del ser pueda realizarse, antes que esperar pasivamente cualquier signo de cambio por parte del ser mismo. La disposición del hombre para el *sacrificio* radical le permite, únicamente después de una experiencia de caída que compromete toda certeza, experimentar un profundo asombro y una honda maravilla frente al mundo ya entendido como el lugar en que las cosas aparecen tal como son, desnudas, privadas de su carga instrumental y utilitaria, y no simplemente entendido como un amasijo de cosas y de hechos falto de toda conexión de sentido.

Patocka aterrizó estas ideas en la realidad social y política de su tiempo con profundidad y coherencia; con la consolidación del régimen comunista en Checoslovaquia, el pensador fue obligado a abdicar de su cometido cultural e intelectual, prohibiéndosele la enseñanza y la difusión de su poderosa arquitectura filosófica, pero, a pesar de esta prohibición, él continuó sus investigaciones y sus meditaciones en un pequeño departamento subterráneo. Digamos que casi literalmente desde la trinchera, y sin abandonar el país como otros intelectuales compatriotas suyos hicieron, trabajó bajo el terror stalinista para hacerse interlocutor de los intelectuales inquietos e igualmente amenazados de las jóvenes generaciones, así como de los intelectuales de Europa occidental.

Así, durante la "Primavera de Praga", y ante el desvanecimiento de las perspectivas esperanzadoras que parecían abrirse, continuó luchando y comprome-

tiéndose por esa libertad que representa el centro de ese tercer movimiento de la existencia humana que había ya mostrado en su especulación teórica, dispuesto a asumir todas las responsabilidades políticas de su momento hasta consecuencias extremas en su persona. En enero de 1977, se volvió portavoz de ese importante grupo de lucha por los derechos del ser humano que fue "Charta 77", con convicción en el compromiso político en la lucha contra cualquier tipo de intolerancia y de injusticia, que pagó con su propia vida: tres meses después del nacimiento de "Charta 77" murió a causa del agotamiento físico y psicológico infligido por los extenuantes interrogatorios de la policía del régimen comunista checo. Así, con Patocka, se extinguió, mediante la aplicación de su propia categoría filosófica del *sacrificio*, el más grande pensador checo del siglo XX, con una muerte que, hoy lo sabemos, no fue vana, ya que su gran amigo Vaclav Havel, perteneciente al grupo de "Charta 77", asumiría la presidencia de la República Checa, mostrando en la práctica la verdad de su concepción fenomenológica que, desde su condición de "filósofo menor" y la periferia lingüístico cultural desde la que pensó, elevó a alturas inusitadas al pensamiento y la filosofía occidental.

Recepción del artículo: 13 de octubre de 2007
Aceptación: 22 de noviembre de 2007

Notas

1 Partes de este artículo fueron leídas como Conferencia Magistral por invitación de la Coordinadora Nacional de Estudiantes de Filosofía en Querétaro, el 15 de febrero de 2006, con el título de "Jan Patocka: por una filosofía menor", y publicada en la revista *Sentidos* No. 13, agosto 2006, de la Facultad de Filosofía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo con el mismo título. La sección que trata sobre el problema de Europa fue publicada como parte de un artículo titulado "La idea de Europa en Husserl y Patocka" en el vol. II del Acta Fenomenológica Latinoamericana, San Pablo—Pontifica Universidad Católica de Perú, agosto de 2005, pp. 245—258. La presente versión está revisada, corregida y considerablemente ampliada.

2 Hasta donde tengo noticia, en lengua española existen traducidas solamente las siguientes obras de Patocka: *Los intelectuales ante la nueva sociedad*, trad. de F. Valenzuela, AKAL, Madrid, 1976; *Ensayos heréticos sobre la filosofía de la historia seguido de Glosas*, trad. de A. Clavería, Península, Barcelona, 1988; el importante libro *Platón y Europa*. trad. del francés de M.A. Galmarini, Península, Barcelona, 1991. Recientemente A. Serrano de Haro ha traducido *El movimiento de la existencia humana*, Encuentro, Madrid, 2003; finalmente, la *Introducción a la fenomenología*, en Herder, Barcelona, 2005. Es precisamente Serrano de Haro el que con mayor ahínco ha trabajado recientemente sobre Patocka en lengua castellana. Hay otros textos en preparación. Además de las obras completas en checo, a cargo de Ivan Chvatík y el equipo de los Archivos Patocka de Praga, la mejor edición crítica es la que se lleva a cabo en lengua francesa, a cargo de las magníficas traducciones de Erika Abrams de la mayoría de las obras, seguidas por las obras completas en alemán, inglés e italiano. El propio Ivan Chvatík lleva un cuidadoso registro de las traducciones de las obras de Patocka en diferentes lenguas, incluidas, además de las citadas, otras lenguas eslavas, noruego, coreano, portugués, etc. Quiero expresar mi agradecimiento a Ivan Chvatík y sus colaboradores en los Archivos Patocka de Praga, por haberme permitido el acceso a la bibliografía y material sumamente precioso para continuar mis investigaciones sobre el gran filósofo checo, cuyo primer resultado es este artículo con agregados, fruto de mi estancia en Praga en noviembre de 2006 (ver nota anterior).

3 Patocka, Jan, *Platone e l'Europa,*(a cura di G. Reale), Milano, Vita e Pensiero, 1998, pp. 49—50

4 *Ibid.*, p. 67

5 Cfr. *Ibid.*, p. 38

6 *Ibid.*, p. 40—41. El subrayado es mío.

7 J. Patocka, *Per la preistoria della scienza del movimento: il mondo, la terra, il cielo e il movimiento della vita umana,* Mimesis, Milano 2003, p. 68

8 J. Patocka, *Platone e l'Europa,* cit. pp. 88—89.

9 J. Patocka, "Der Subjektivismus de Husserlschen und die Möglichkeit einer asubjektiven" Phänomenologie, en *Die Bewegung der menschlichen Existenz*,. K. Nellen (editor), Klett—Cotta, Stuttgart, 1991, p. 282

10 Novotn, K., "L'ouverture du monde phénoménologie : donation ou compréhension ?", en Barbaras, R. (textes réunis par) *Jan Patocka. Phénoménologie asubjective et existence*, Les Cahiers de Chiasmi International 2, Mimesis, Paris—Milano, 2007, p. 27

11 Rodrigo, P., "L'émergence du thème de l'asubjectivité chez Jan Patocka", en Barbaras, R. *op. cit.*, p. 47

12 Santos, A., "Vers une phénoménologie asubjective", en Barbaras, R., *op. cit.*, p. 71

13 Cfr. el excelente ensayo de László Tengelyi "La phénoménolgie asubjective et la théorie des trois mouvements de l'existence chez Patocka", en Barbaras, R., *op. cit.*, p. 137, donde precisamente se destaca esta diferencia entre *Erlebnisse* y *gegenständliche Erscheinungen*, y el privilegio de éstas últimas por parte de Patocka como fundamento de la *Gegebenheit*.